

AGENDA CIUDADANA

REFLEXIONES EN TORNO A UN ESPECTACULO INTERMINABLE

Lorenzo Meyer

Indicador.- Se inicia 1999 y, como estaba previsto, retorna a las primeras páginas de los periódicos, a los comentarios radiofónicos y a las pantallas de televisión de Estados Unidos, y por tanto del resto del mundo, el espectáculo interminable --y absurdo— de fin de siglo: el juicio político del presidente William Clinton. El hecho se puede examinar desde diferentes ángulos, y si bien lo primero que resalta es lo ridículo del asunto en si mismo –la acusación contra el presidente de un fiscal especial y luego del Comité Judicial de la Cámara de Diputados por haber mentido a un jurado sobre sus relaciones extramaritales--, pero resulta que el tema se presta a reflexiones de cierto interés si se le toma como un indicador de la coyuntura política norteamericana y de la naturaleza misma de la institucionalización del poder.

Al escándalo político que desde hace tiempo sacude a los norteamericanos le viene pintiparado el título de una obra de Shakespeare: “Mucho ruido y pocas nueces”. En efecto, el escándalo se inició con una investigación sobre las finanzas del presidente y su esposa cuando el primero era gobernador de Arkansas. Más tarde, ante falta de algo sustantivo, sus adversarios lo trasladaron al terreno del acoso sexual como característica personal del presidente para luego continuar con las relaciones extramaritales de ese presidente en la Oficina Oval de la Casa Blanca y en la falsedad de sus declaraciones sobre el tema ante la justicia, después paso a ser a una lucha partidaria sin cuartel ni elegancia en el seno de la Cámara de Diputados. A partir de la semana pasada, el espectáculo que ya dura meses ha desembocado en el Senado. Es posible, pero no seguro, que el actual sea, finalmente, el último capítulo del peculiar drama. En cualquier caso, en el Senado el asunto se puede desarrollar en una forma menos grotesca y adquirir un tono mas simbólico, pues este segundo juicio a un presidente en toda la historia de Estados Unidos,

reúne bajo un mismo techo a los tres poderes de la unión —el legislativo representado por los senadores, el judicial representado por el presidente de la Suprema Corte y el Ejecutivo, representado por los defensores del acusado.

Los senadores norteamericanos, convertidos en jurado y bajo la dirección del *Chief Justice* de Estados Unidos, deberán ahora determinar si el presidente efectivamente mintió bajo juramento y obstruyó el buen desempeño de la justicia y, en caso de que así haya sido, si ambos hechos realmente avalan la conclusión a la que llegó el comité judicial de la Cámara de Diputados, y cuyo presidente, Henry J. Hyde --enemigo irreconciliable del primer mandatario norteamericano-- resumió así a los senadores: William Jefferson Clinton “ha minado la integridad de su cargo, ha traído bochorno a la presidencia, ha traicionado la confianza en él depositada como presidente y ha actuado de manera subversiva para la primacía de la ley y la justicia, con manifiesto daño para el pueblo de EE UU”.

La División entre Clase Política y Sociedad.- El proceso contra William Clinton ha sacado a la superficie, además de las peculiaridades de la personalidad presidencial, la existencia de una división o diferencia de actitudes entre la sociedad en su conjunto y la clase política. En efecto, un asunto que por si mismo debería ser apenas materia de tabloides, ocupa hoy el solemne espacio del capitolio de Washington...y el grueso de la energía de toda la clase política norteamericana. A la mayoría del público norteamericano, el asunto ya le causó fatiga y le parece un absurdo, un desperdicio de energía y de recursos públicos y un espectáculo indigno de una gran potencia. Para esa mayoría de norteamericanos (66%, según la encuesta Washington Post/ABC, del 19 y 20 de diciembre de 1998), a Clinton se le debe de permitir concluir su presidencia y no ser echado del poder sino, en todo caso, apenas censurado por lo impropio de su conducta. En contraste, para sus enemigos, lo que procede es echar ya al presidente del poder

por perjurio, por no cumplir su papel de defensor de la legalidad, y sin importar la poca monta de la mentira ni el costo institucional, pues “nadie puede estar por encima de la ley”.

En esta separación entre los profesionales de la política y el público en general, los Estados Unidos muestran que también ellos pueden ser afectados por un mal que en México es casi endémico y que se da en muchos otros sistemas políticos. En efecto, la separación entre el mundo de gobernantes y el de los gobernados es un fenómeno muy viejo y muy generalizado en la historia, sólo que hoy es particularmente evidente porque tiene lugar dentro de la única superpotencia mundial, una donde, además, se supone que, justamente por ser la que encarna los valores democráticos, la distancia entre gobierno y sociedad debería ser mínima o inexistente.

Izquierda y Derecha.- Es un lugar muy común afirmar que en el postmodernismo la diferencia entre derecha e izquierda no existe o es irrelevante. Quienes afirman lo anterior, tienden a ser de derecha. En contraste y desde la izquierda, se suele señalar que en Estados Unidos las fuerzas progresistas son débiles, y que republicanos y demócratas son simplemente dos caras de la misma moneda reaccionaria, ambos están a la derecha y no hay diferencia real entre ellos.

En realidad, izquierda y derecha son, siempre, términos relativos, especialmente en el caso de Estados Unidos. Clinton y su gobierno hoy son considerados por los grupos más conservadores de Estados Unidos y agrupados en torno al Partido Republicano, como el enemigo a derrotar hoy que la Unión Soviética ha desaparecido. La posición del Partido Demócrata en torno al tema de la seguridad social, el salario mínimo o el aborto, entre otras cosas, es vista por la derecha republicana y religiosa como un obstáculo que debe ser eliminada para alcanzar la utopía planteada por Ronald Reagan y mas o menos reafirmada por George Bush, pero puesta en duda por las dos victorias electorales de Clinton. Esa derecha ha encontrado una coyuntura muy

inesperada en la conducta sexual de Clinton para intentar deshacerse de él, y no está dispuesta a desperdiciarla no obstante los ridículos que tenga que hacer y el precio que tenga que pagar.

Un vistazo al apoyo con el que cuenta Clinton entre el público norteamericano, muestra que éste se concentra en esos grupos cuyos intereses se identifican como los propios de la izquierda a la norteamericana. Si la encuesta ya citada muestra que el 66% de los norteamericanos no desean que el presidente se vea obligado a renunciar a su puesto, resulta que entre la minoría negra quienes sostienen ese punto de vista representan el 95% del total. Y si en el Sur conservador el 61% de la población no quiere que el presidente sea enjuiciado, en la más abierta y liberal región del Este, la proporción aumenta al 74%. El apoyo que Clinton ha dado a la libertad de elección en el tema del aborto hace que, pese al escándalo dentro de su familia, el presidente mantenga el respaldo del 69% de las mujeres en contraste del 62% de los hombres. Finalmente, si la educación es un indicador de clase, entre aquellos que apenas tienen como educación formal la secundaria o menos --las clases populares norteamericanas--, el 69% se manifiesta en favor de dejar a Clinton llegar al año 2000 en tanto que entre los que tienen grado universitario --la clase media y alta-- solo el 61% tienen la misma actitud.

Los republicanos, que no hace mucho hacían planes para llegar a ser quienes impusieran la agenda política norteamericana para el nuevo siglo, ahora corren el peligro de ser el objeto de una revancha por parte de un electorado que no comparte su empeño en deshacerse de un presidente que pareciera estar más en sintonía con el ciudadano medio de lo que está el grupo más conservador de la clase política norteamericana. Por otro lado, la buena marcha de la economía norteamericana y lo bajo de la tasa de inflación y desempleo, favorecen a Clinton.

Las Instituciones.- Un escándalo como el que ahora envuelve a la Casa Blanca y la polarización, encono y rencor entre los dos grandes partidos norteamericanos así como entre el

congreso y la presidencia, ha llevado a una buena cantidad de observadores a plantear la existencia de una crisis del sistema político. Se señala que la renuncia de Clinton a la presidencia --una posibilidad el año pasado, no ahora-- o su remoción por el congreso --una posibilidad cada vez mas remota pero aun teóricamente posible-- llevaría a un debilitamiento estructural del Poder Ejecutivo y a una primacía del Congreso, es decir, a un retorno a una situación no muy distinta de la que existía al final del siglo XVIII y los primeros años del XIX. Y un poder legislativo dominante funciona bien en sistemas parlamentarios, pero no en los presidenciales.

Es posible que finalmente todo concluya con una censura del Senado al presidente. Sin embargo, mas de un observador señala que entonces el presidente conservará el cargo pero saldrá muy herido y ya no podrá tener el poder de iniciativa ni la capacidad de liderazgo que todo país necesita, especialmente uno que es gran potencia y con intereses mundiales que le hacen estar perpetuamente envuelto en temas internacionales conflictivos. Según este punto de vista, y con todas las salvedades necesarias, la presidencia de Clinton estaría, como la de Boris Yeltsin en Rusia: impotente e irrelevante.

La pérdida de prestigio del presidente Clinton que supone el escándalo que lo envuelve desde hace ya mas de un año y la sorpresiva renuncia a su puesto de líder de la mayoría en la cámara baja del republicano Newt Gingrich --el gran ideólogo de la derecha-- como resultado de la mala votación que los republicanos obtuvieron a fines de 1998, ha llevado a que en el panorama político norteamericano se note una clara falta de liderazgo tanto entre demócratas como republicanos y una pérdida de legitimidad de los políticos y de la política en general. Eso se refleja, entre otras cosas, en la inefectiva y bastante absurda política hacia Iraq. Independientemente de las razones que llevaron a Estados Unidos a enfrentarse con Saddam Hussein --que por un tiempo, y pese a ser desde el inicio un perfecto tirano, fue un aliado

norteamericano contra Irán--, es claro que la política de una guerra a base de “bombas inteligentes” no lo va quitar del poder. Sin embargo, Estados Unidos no le puede hacer otro tipo de guerra --uno mas tradicional y efectivo--, porque el presidente Clinton no se puede dar el lujo de una guerra donde haya bajas norteamericanas, pues ya que no cuenta con el respaldo político para tal acción. Y es así como la mayor potencia mundial simplemente no puede responder con efectividad al desafío de un poder periférico.

Una columna cómica de gran circulación en Estados Unidos y de mucho contenido político --*Doonesbury*, de Garry Trudeau--, puede servir para resumir el estado de animo de una buena parte de los observadores y del público norteamericanos en relación a sus instituciones. En su edición del 8 de enero, un personaje de edad madura --Zonker-- responde así a la pregunta de un niño que desea saber cuales son las posibilidades de que, cuando sea un joven, pueda convertirse en *hippie*, justamente lo que Zonker había sido en el pasado. La respuesta es negativa: para que haya una contracultura como la de los *hippies* se necesitan instituciones intactas a las que se pueda desafiar pero, desafortunadamente, señala Zonker no sin nostalgia, ya no queda ninguna en Estados Unidos ni hay alguien con suficiente autoridad moral para reconstruirlas, a excepción, quizá, de Joe Dimaggio, un viejo deportista.

Pesimismo profesional o humor negro aparte, e independientemente de preferencias personales o ideológicas, seria un error dejarse llevar por las apariencias y suponer que efectivamente las grandes instituciones políticas norteamericanas están debilitadas por el juicio que se le hace al presidente. La institucionalidad del poder norteamericana es, nos guste o no, una muy original, ha resistido una terrible guerra civil, las presiones del paso de país periférico a central en la estructura internacional, la Gran Depresión de los años treinta, dos guerras mundiales, las tensiones sociales provocadas por la incorporación (todavía incompleta) de las

minorías raciales, la Guerra Fría (esa que destruyó la institucionalidad soviética), etcétera.

Todo indica que el presidente Clinton va a ser censurado pero no obligado a dejar el poder. Estados Unidos va a funcionar con un liderazgo central debilitado, pero el problema es más del Clinton que de la institución y en cualquier caso, para el año 2000 tendrá lugar la renovación presidencial y en el proceso abre la posibilidad de una relegitimación de la autoridad. El Congreso no revertirá la tendencia histórica de la supremacía del poder ejecutivo --después de todo, la presidencia es la única institución cuyo responsable asume el cargo como resultado de una elección universal-- y, lo más seguro, es que la Suprema Corte no tenga que intervenir más allá de que su jefe --un conservador con pocas simpatías por Clinton-- desempeñe el simbólico papel de presidir sin decidir nada, en el juicio que lleva a cabo el Senado.

Una Conclusión.- Si no hay más sorpresas y las cosas salen como aquí se apuntan, entonces, cuando todo el escándalo del final de la presidencia de William Clinton sea historia, quedará, entre otras posibles, una conclusión. No hay mejor salvaguardia contra los inevitables errores, incapacidades, estupideces, perversiones, deshonestidades, pequeñez de espíritu o corrupción de los líderes, que una institucionalidad fuerte. Y la fuerza de las instituciones, la que resiste lo mismo defectos personales que conflictos de intereses y presiones externas, es la legitimidad.

Lo que hoy acontece en Estados Unidos debe de ser un tema de reflexión; una lección y un acicate para llevar adelante la transformación a fondo de nuestro propio sistema político, para darle el fundamento sólido de legitimidad de la que hoy carece y convertirlo en un escudo social contra los malos tiempos, esos que en nuestro caso, parecen abundar.